

### 103. ¡Me quedo!, dijo Jesús

Era un hermano separado. Mejor dicho, que se había separado. Pero un día, por un compromiso social, hubo de entrar en la iglesia mientras la adoración del Santísimo, a la que había de seguir la boda para la cual él venía.

No habían pasado unos minutos, cuando los amigos que le acompañaban vieron que caían gruesas lágrimas por sus mejillas mientras respiraba hondo, a la vez que se arrodillaba, porque antes permanecía de pie. -¿*Qué te pasa?*... Y él, entre lágrimas y suspiros muy de hombre: -*Nada, nada...*

Eso era lo que decían sus labios, pero la realidad era muy otra. Acaba la celebración del matrimonio, salen todos, y los amigos de antes le insisten:

-¿*Qué te ha pasado? Cuenta.*

Ahora hubo de decir la verdad.

- *No puedo resistir más a la gracia de Dios, que me llama de nuevo. Ese canto que salía de las gargantas, mejor dicho, de los corazones de los creyentes: “¡Hostia pura, Hostia santa, Hostia inmaculada! ¡Seas por siempre bendita y alabada!”... me ha destrozado con los recuerdos que me ha traído. En la iglesia a la que me fui no tenemos esto. Vosotros, sí. Y vuelvo de nuevo a mi Iglesia, a la que nunca debiera haber dejado...*

Es un hecho comprobado muchas veces que en las Iglesias separadas envidian la fe católica que cree a Jesucristo realmente presente en el Sacramento del Altar. Esa Misa misteriosa..., esa Comunión tan íntima..., esa Adoración que extasía... contienen una magia divina que no ha podido inventar ni crear el hombre ni sabe interpretar la simple psicología. Sin Jesucristo personalmente presente en la santa Hostia, eso no tiene explicación humana.

Para creer en la Eucaristía los católicos tenemos bastante con la palabra de Jesús, que prometió solemnemente: “*El pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo*” (Juan 6,51).

Llegada la hora, cumple su palabra: “*Tomad y comed, esto es mi cuerpo, esta es mi sangre*”.

Y que aquello mismo que Él hizo lo podemos realizar de nuevo en la Iglesia, lo tenemos claro en la misma palabra y mandato de Jesús: “*Haced esto como memorial mío*”. Reforzado después por Pablo, que se hace testigo autorizado de la primera Iglesia, cuando ordena hacer lo mismo que Jesús “*hasta que el Señor vuelva*” (1Corintios 11, 26)

Si buscamos razones de esta inaudita resolución de Jesús podemos encontrar varias, muy valoradas todas en la Iglesia y en la Teología católica.

Pero la que sobresale por encima de todas es el *amor inmenso* de Jesucristo, como lo reconoce Juan al describirnos la Última Cena: -*Habiendo amado Jesús a los suyos que estaban en el mundo, ahora los amó hasta el final, hasta el extremo del amor.*

Y el Papa León XIII, al abrir el siglo veinte con una carta encíclica para toda la Iglesia sobre el amor de Cristo, dice de la Eucaristía estas palabras textuales al hablar de la institución de la Eucaristía: -*Jesucristo lo hizo arrastrado por el impulso que sintió de realizar semejante unión con los hombres.*

Aunque Jesús era hombre, era también Dios, y como tenía todo el poder de Dios en su mano, no se detuvo ante nada, y se dijo antes de marchar:

“Amo a los hombres mis hermanos..., los amo, y no los quiero dejar solos...

Sé la lucha que les espera a los míos en el mundo, y me querrán tener a su lado en el peligro...

La Vida que les merezco con mi muerte necesitará alimento, y yo me hago comida y bebida...

Quiero para mi Iglesia un sacrificio visible que ofrezca al Padre, y yo se lo dejo en el pan y el vino...

El mundo necesita un pararrayos que detenga la ira de Dios, y ese pararrayos sólo puedo ser yo...

Amo tanto y tanto a los hombres mis hermanos, que me quiero meter en cada uno de ellos; que mi Corazón se haga un solo corazón con cada corazón, para que quien me coma permanezca en mí y yo en él...

Quiero que así como yo tengo en mí toda la Vida del Padre, la tenga también todo aquel que me coma, para que pueda vivir de mí como yo vivo del Padre...

Quiero ser yo con mi cuerpo y con mi sangre la semilla que se deposite en los cuerpos mortales de los hombres, para que así como yo voy a resucitar de entre los muertos, resuciten también ellos un día, porque no podrán permanecer en el sepulcro para siempre los que se unieron vitalmente con mi cuerpo inmortal”.

Así iba discurriendo Jesús, le traicionó al final el Corazón, y no tuvo más remedio que decir: *-¡Me quedo! Aquí me tenéis en el Altar para ser vuestra Hostia pura; en la Comunión para ser vuestro alimento; en el Sagrario para ser vuestro amigo y compañero. ¡Me quedo! ¡Con vosotros estoy!...*

Un sacerdote fue a visitar al enfermo a quien hacía unos días había llevado el Santísimo Sacramento como Viático. El enfermo no murió, y el sacerdote le pregunta ahora curioso: *-¿Cómo? ¿Cuatro clavos de oro encima de la mesita?...*

El enfermo sonríe. *-Espere, Padre. En la próxima visita lo sabrá.*

Así fue. Sobre la mesa en que el sacerdote había dejado el copón, estaba ya una pequeña lápida de mármol, sujeta con los cuatro clavos, y que decía, también con letras de oro: *-Aquí descansó Jesús.*

Al sacerdote le saltaron dos gruesas lágrimas, pero tuvo valor para decir:

*- ¡Qué bien tiene que descansar Jesús en los corazones que le aman! Jesús se quedó en el Sacramento por amor, pero también cosecha mucho amor...*

Sin el Sacramento de la Eucaristía, la Iglesia sería otra. Le faltaría calor. Mientras que con Jesús presente en medio de nosotros, nuestras celebraciones estallan en cantos salidos de lo más profundo de los corazones, encendidos en el mismo amor con que Jesús se quedó entre nosotros sus hermanos.

Ofrecemos a Jesús. Nos comemos a Jesús. Acompañamos a Jesús. A la tierra, entonces, le falta muy poco, muy poquito, para ser un rincón del Cielo. Más: ¡la tierra es el Cielo anticipado!...